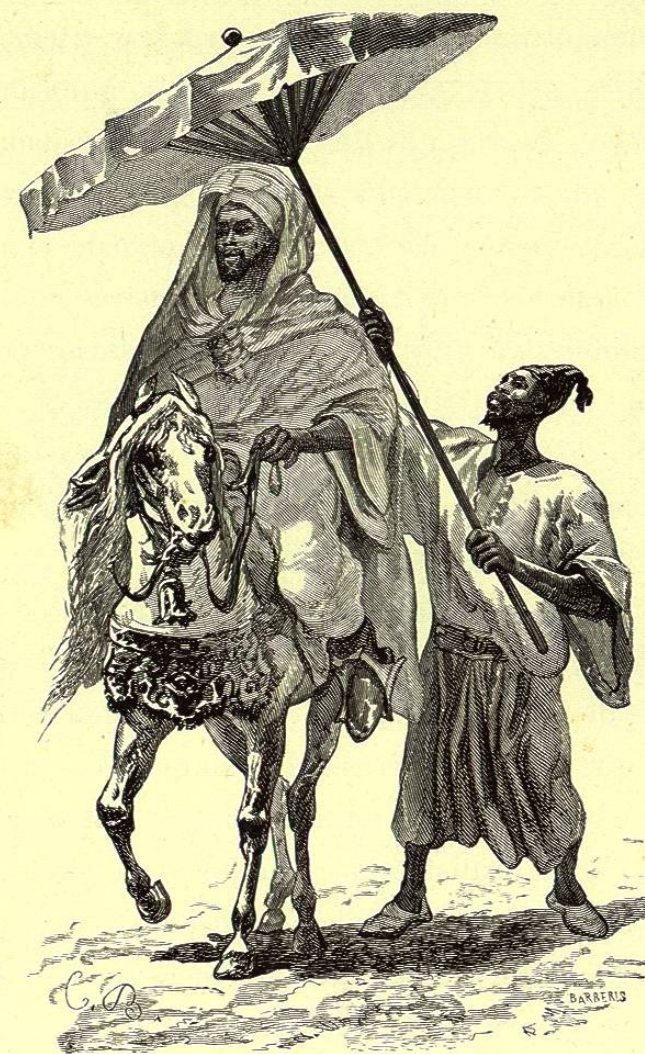


Marruecos.

La embajada italiana ante el emperador de Marruecos

Debo consignar, sin embargo, que de todo esto nada habíamos oído, pues estábamos verdaderamente fascinados. Aquel Sultán, que la imaginación se representara bajo el aspecto de



El emperador de Marruecos

un déspota salvaje y cruel, era el joven más bello y simpático que pueda soñar la fantasía de una odalisca. Alto, gallardo, de ojos grandes y dulce mirada, nariz aguileña, pero de líneas suaves, cara perfectamente ovalada, á la cual servía de marco una hermosa barba negra recortada: su fisonomía toda, en

sus detalles y en el conjunto, era nobilísima y llena de dulce melancolía. Una capa blanca como la nieve caíale hasta los pies; su turbante hallábase cubierto por un elevado capuz; sus pies desnudos metidos en babuchas amarillas; el caballo grande y blanquísimo, con arneses verdes y estribos de oro. Tanta blancura y lo holgado de la capa le comunicaban un aspecto sacerdotal, la gracia de una reina, una majestad sencilla y encantadora, que correspondía admirablemente á la gentilísima expresión de su rostro. El quitasol, insignia de la autoridad, que un cortesano tenía un tanto inclinado detrás de él, umbela inmensa, redonda, de unos tres metros de altura, por encima de seda color de amaranto, por la parte inferior de seda azul, recamada de oro, terminada en su parte superior por una bola del propio metal, añadía á su figura gentileza y dignidad. Su ademán gracioso; su mirar entre melancólico y sonriente; su habla tranquila y monótona como el murmurio de un arroyuelo: en suma, en su persona y en sus ademanes todos había un no sé qué de ingenuo y femenino, pero al propio tiempo grave y solemne, que inspiraba irresistible simpatía y profundísimo respeto. Su edad parecía de treinta y dos á treinta y tres años.

—Siento gran satisfacción, —dijo, —de que el rey de Italia haya enviado un embajador para estrechar con más fuerza los lazos de nuestra antigua amistad. La casa de Saboya jamás hizo la guerra á Marruecos. Por mi parte amo á la casa de Saboya, y he seguido con alegría y admiración los grandes acontecimientos que bajo sus auspicios se han realizado en Italia. En los tiempos de la antigua Roma, la Italia era el país más poderoso del mundo. Posteriormente se dividió en siete Estados, y ahora que los siete se han concentrado en uno solo, yo he concentrado en éste toda la amistad que mis antepasados atesoraban respecto de los demás.

Pronunció estas palabras pausadamente, á intervalos, cual si las hubiese estudiado anteriormente, é hiciese de cuando en cuando un esfuerzo para recordarlas.

Entre otras cosas, el embajador le dijo que el rey de Italia le enviaba su retrato.

—Es un don preciosísimo; —respondió: —lo haré colocar en el aposento en que duermo, frente á un espejo, que



Barbero árabe

es el primer objeto sobre el cual se posa mi mirada al despertar, y de este modo todas las mañanas contemplaré, reflejada en él, la imagen del rey de Italia, y pensaré en él.

Y al cabo de poco añadió:

—Estoy contento, y deseo que permanezcáis mucho tiempo en Fez, esperando que conservaréis de mi ciudad buena memoria, cuando os halléis de vuelta á vuestra hermosa patria.

Al hablar, tenía casi de continuo fija la vista en la cabeza de su caballo. Á veces parecía como que quisiese sonreír, pero inmediatamente fruncía el entrecejo, cual si hubiese tra-

tado de imprimir á su semblante la gravedad imperial. Adivinábase que deseaba conocer qué ralea de gentes éramos los siete alineados á diez pasos de su caballo; pero evitando mirarnos de hito en hito, volvía los ojos pausadamente, y luego nos dirigía una rápida mirada, abarcándonos á todos al par; pudiendo sorprenderse, en tal sazón, en aquéllos, una indefinible expresión de alegría infantil, que formaba un agradable contraste con la majestad de su persona. El numeroso cortejo que le acompañaba parecía petrificado. Todos los ojos estaban fijos en él: no se oía el más leve rumor: sólo se veían rostros inmóviles guardando el ademán de la veneración más profunda. Dos moros, con mano temblorosa, apartaban de sus pies las moscas; de cuando en cuando un tercero pasaba la suya por la orla de la capa, cual si hubiese querido purificarla del contacto del aire; otro, con respetuoso ademán, acariciaba la grupa del caballo, y el que sostenía el quitasol permanecía con los ojos bajos é inmóvil como una estatua, cual si se hallara confuso y oprimido por la augusta solemnidad del cargo que desempeñaba. Cuanto existía á su alrededor expresaba su inmenso poder, la enorme distancia que le separaba de todos los demás, una sumisión ilimitada, una devoción elevada al fanatismo, una verdadera expansión de afecto ardiente, apasionado, y al par temeroso, que parecía revelar, en quienes lo sentían, la más decidida resolución de dar la vida por quien lo inspiraba. Más bien que un monarca parecía una divinidad.

El embajador le presentó sus credenciales, y al comandante, al capitán y al vicecónsul, los cuales uno después de otro se adelantaron algunos pasos, permaneciendo un buen rato inclinados á su presencia.

Fijó especialmente su atención en las condecoraciones que llevaba el comandante.

—El médico, — dijo luego el embajador, indicándonos á los cuatro, — y tres *doctos*.

Mis ojos se encontraron con los del dios, y se desvanecieron de la mente todos los períodos de esta descripción que antes concibiera.

El Sultán preguntó con curiosidad cuál era el médico.

—El de la derecha, — dijo el intérprete.

Miróle atentamente.

Después, acompañando la palabra con un gracioso ademán de su diestra, dijo:

—¡La paz sea con vosotros! ¡La paz sea con vosotros!
¡La paz sea con vosotros!

Y volvió el caballo.

Tocó la banda; sonaron las trompetas; los cortesanos inclinaron la cabeza; la guardia, los soldados y la servidumbre hincaron una rodilla, y brotó otra vez de todos los pechos un sonoro y prolongado: — ¡Proteja Alá á nuestro señor!

En cuanto hubo desaparecido el Sultán, confundiéronse las dos filas de grandes personajes y se apresuraron á acercarse á nosotros Sid-Mussa y sus hijos, sus oficiales, el ministro de la Guerra, el de Hacienda, el gran cherife Bacali, el maestro de ceremonias y los más elevados empleados de la corte, sonriendo, dando voces y agitando los brazos en señal de fiesta y regocijo. Poco después, como Sid-Mussa invitara al embajador á descansar un rato en uno de los jardines del Sultán, cabalgamos de nuevo, atravesamos la plaza, y enfilando por una callejuela estrecha y misteriosa, penetramos en el augusto recinto de la morada imperial. Callejones cerrados entre elevadas paredes, plazuelas, patios, edificios en ruina, casas en construcción, puertas en arco, corredores, jardinillos, pequeñas mezquitas, un laberinto capaz de hacer perder la cabeza;

y doquiera, operarios quehacerosos, criados formados en línea, centinelas armados, y algún rostro de esclava, pegado á las rejas de las ventanas, ó á los miradores de las puertas, fué lo único que distinguieron nuestras miradas. Ni un edificio de bella apariencia, ni cosa alguna, excepción hecha de las guardias, que indicara la morada de un soberano. Penetramos en un jardín tan vasto como descuidado, lleno de umbrosas sendas que se cruzaban en ángulo recto, y cerradas entre paredes altísimas como jardín de convento, y desde él, después de haber descansado breves instantes, regresamos á nuestra morada, no sin haber excitado en las calles, el médico, los pintores y yo, la hilaridad con nuestros trajes, y el terror con las explosiones de nuestros *clacs*.

Durante el día no se habló de otra cosa que del Sultán. Estábamos enamorados de él. Ussi intentó cien veces bosquejar su figura, y al cabo arrojó el lápiz, desesperanzado de conseguirlo. Proclamámosle de común acuerdo el más apuesto y estimable de todos los monarcas mahometanos, y á fin de que la proclamación revistiera carácter de *nacionalidad*, se acordó consultar la opinión del cocinero y los dos marineros.

El cocinero, para el cual cuanto había contemplado desde Tánger á Fez no había producido más efecto que arrancarle alguna sonrisa de profunda conmiseración, mostróse generoso.

—*A l'è un bel omm a i è nen a diie*. (¡Ah! es un guapo sujeto, no hay nada que decir; pero sería menester que fuera á dar un paseo (palabras textuales) allá donde hay instrucción).

Como puede comprenderse, este *allá donde*, significa Turín.

Luis, el calafate, siquier napolitano, fué más lacónico.

Preguntado por lo que había observado en el emperador, permaneció durante un rato en ademán reflexivo, y después dijo sonriendo:

—*Aggio osservato ch'a stu paese manc'u Re porta i calzette*. (He observado que en este país ni aun el rey usa calcetines).

El más cómico fué Ranni.

—¿Qué te ha parecido el Sultán?— le preguntó el comandante.

—Lo que me ha parecido, — contestó paladinamente y con la mayor seriedad, es, que tenía miedo.

—¿Miedo?— exclamó el comandante.—¿Y de qué había de tenerlo?

—De nosotros. ¿No ha observado usted que parecía muerto y que hablaba cual si no tuviera aliento?

—¡Tú estás loco! ¿Cómo quieres que rodeado de sus guardias y de todo su ejército, tuviera miedo de nosotros?

—Pues así me ha parecido,— repuso sin inmutarse.

El comandante lo contempló fijamente, y se cogió la cabeza entre las manos, con ademán de profundo descorazonamiento.

Aquella misma noche, conducidos por Selam, llegaron á nuestro palacio dos moros que, habiendo oído contar maravillas de nuestros *clacs*, tenían vehementes deseos de contemplarlos de cerca. Fui por el mío y lo abrí ante sus ojos. Miráronlo ambos por dentro, con la más profunda curiosidad, quedando al parecer extraordinariamente maravillados. Probablemente imaginaban encontrarse con no sé qué complicado mecanismo de ruedas y charnelas, y como no veían cosa alguna, confirmábanse acaso en la supersticiosa creencia, por todo extremo generalizada entre el vulgo del país, relativa á que